EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Carlos Castro Saavedra

Elogio de los Oficios.—Medellín, Colombia.

Nadie podría negar la fuerza lírica de una voz como la de Castro Saavedra. Desde hace muchos años, cuántos, su poesía nos viene con una frescura de campo amanecido. Es preciso admitir, sí, que su encuentro en las paralelas del lirismo con Pablo Neruda, el gran poeta chileno, lo hizo subordinado de la voz universal, ronca de tempestades, del lirida del Sur. Por eso mismo sus poemas de ahora de un acento nerudiano inconfundible, pretenden ahogar su propio acento. Son las naturales influencias a las cuales estamos sometidos. Muchas veces de manera inconsciente. Ahora estos elogios de los oficios, escritos en limpia prosa, restituyen la vigencia de temas que pertenecen siempre al corazón humano. Trabajar manualmente tiene su belleza, cuando la faena se realiza cantando, encantando y recreando. De la lectura de este libro se llega a la conclusión de que el trabajo no es maldición bíblica, sino panal de fortaleza y esperanza.

Claro está que a estas prosas se les puede y debe hacer el reparo de la abundancia lírica. El poeta suelta los hilos multicolores de su imaginación en cascadas. No se podría hacer confidente para un viaje un libro en el cual existe tanta abundancia de fina materia lírica. Después de leer los primeros elogios de esta obra, quedamos saturados, inundados de una belleza que el autor no se cuida en reducir a más parca esencia. Claro está que se trata de elogios, pero su entusiasmo de hondero, lo lleva a no medir la respiración de su posible lector. Y no se puede leer tanto elogio sino tomándolo por dosis. Como el sol reverberante y como ciertas prosas que necesitan anteojos ahumados según cierta redeta docente muy en boga a fines del siglo XIX. Si Castro Saavedra tomara en sus manos de obrero de la inteligencia un instrumento que le permitiera como al carpintero, sacar la viruta, tierna pero inútil, sus creaciones serían más concisas, mondas como hueso esencial.

De todas maneras este libro rescata la dignidad de oficios que son auténticamente ennoblecedores.

Pedro A. Gómez Naranjo

La Sal de la Historia.—Bucaramanga—Imprenta del Departamento.

Con un espléndido prólogo de su hijo, el doctor Pedro Gómez Valde-rama, actual Ministro de Educación Nacional, el Departamento de Santander ha editado este volumen de prosas del doctor Pedro A. Gómez Naranjo. Homenaje merecido a quien tuvo de la vida un concepto orgulloso y exigente y, de la literatura, una cabal y hermosa comprensión. De ahí el fulgor que nos cae a las manos de estas páginas líricas, gavillas de finos frutos acarreados de los subterráneos del recuerdo. Porque lo maravilloso en un escritor, y el doctor Gómez Naranjo lo fue cabalmente, es lograr resucitar un tiempo lejano, perdido en la memoria. Lograr que canten, otra vez, las campanas que nos convocaron en la niñez y en la juventud, para ciertos ritos desinteresados, dignos de dar por su esencia y presencia, la propia vida.

En estas páginas respira suavemente Santander. Las colinas, los ríos, los paisajes, la aridez hermana de la erosión, el valor del hombre, la ternura de los hechos, pero también el patetismo desgarrado de nuestras guerras civiles, una etapa de la existencia colombiana, en la cual, se prendieron vivaques fratricidas, en nombre de ideas y mitos lejanos que llegaban a nuestras playas y se convertían en material inflamable, ya que nuestro romanticismo es voraz y se alimenta de un sistema de conceptos que muchas veces carecen de raíces en el suelo. Tipos idealistas, impenitentes y soñadores, que todo lo dieron, con hidalguía y generosidad por esas ideas y su terco empeño de verlas encarnadas en sistemas de gobierno. Naturalmente hubo excesos de parte y parte, pero se combatía con valor, despreocupadamente. Todo lo contrario de estos tiempos de la emboscada, la centella atómica, las cámaras de gas, la tortura, toda una filosofía de la crueldad puesta a caminar sobre la piel de la historia, por culturas milenarias.

Santander aparece hermosamente coloreado en este libro. Y brotan en él saldares de malicia, punzante ironía, fina disección de hombres, actos, trabajos y días. Porque Gómez Naranjo no creía en la gloria, ni en la transitoria ceniza de la vanidad humana. Por eso transita por su prosa una fina ironía, un desapego de muchas cosas que para el común de las gentes resultan indispensables. El buen escritor sabe colocar una distancia prudente entre su pensamiento y el curso de los hechos. Y así logra un análisis de los mismos. Esto lo practica con sabia dosificación el autor de *La Sal de La Vida*. De ahí que sus escritos rezuman gracia, claridad, radiante conceptualismo literario.

Este libro sirve para descargarnos de toxinas y humores. Y tiene la virtud de cercenar todo lo grandilocuente, serenando conceptos en la tinaja de una meditación bien lograda y depurada.

Santander puede estar orgulloso de este libro, fruto de uno de sus hijos que le dieron gloria, procera dignidad y belleza literaria, no obstante sus abrumadoras tareas de eminente jurista y de político.

Alfonso Donado

Charlas con el Presbítero Jerónimo.—Documentos Políticos.—Ediciones Tercer Mundo..

Siempre ha sido la política un noble ejercicio de la mente. Filósofos, antiguos y modernos, sociólogos lúcidos, ensayistas de la realidad del mundo en sus diferentes etapas, la han señalado como un filón supremamente importante en lo atinente a descubrir las orientaciones y esperanzas del animal racional. La política baraja un sistema de valores muchas veces precarios. Pero no deja de constituir uno de los más apasionantes ejercicios de la inteligencia, cuando, desbrozada de la maleza “municipal y espesa”, toma ciertos contornos históricos, definidos y definidores. Tal sucede con estas charlas entre el Presbítero Jerónimo en quien los observadores de la realidad colombiana, quieren ver al doctor Laureano Gómez, antiguo caudillo del partido conservador, y el joven político conservador Alberto Dangond Uribe. Los dos se enfrascan en toda clase de diálogos sobre todo lo divino y humano. Ideas que tienen vigencia de eternidad, ya que los dos personajes, pertenecen a un partido histórico que se alimenta de las fuentes perennes de la filosofía cristiana. Por eso mismo no encuentran razones ideológicas para que un partido histórico, de fuerte raíz tradicionalista, se divida y subdivida en “itmos” infecundos. El Presbítero Jerónimo ha llegado a las cumbres de la serenidad. En su tiempo fue orador caudaloso, temible, de una dialéctica que trituraba. Los años lo han alejado del movedizo terreno de la política inmediata, de fines utilitarios y a la vista, para darse a pensar en temas que tienen contenido de veras cierto. La lejanía le permite contemplar todos los abruptos territorios de una geología en cuyo seno trabajó con zapa y pasión cotidianamente renovada.

De ahí que estas charlas tomen el sesgo de lo que no se confunde con el interés al menudeo, de la política como marrulla, demagogia sub-desarrollada, “feroz entusiasmo”, de un momento. Aquí discurren esencias y presencias verdaderas. Se habla un lenguaje con sabor y color de tiempo, de acción creadora y razonamiento esmaltado por verdades hermosas y desinteresadas.

La prosa de estas charlas es directa, sin muchas concesiones a la retórica. No se dejan ganar los personajes por la imaginación, ni construyen difíciles arquitecturas líricas. Todo corriente y moliente. Pero rico en un conceptualismo de fina ley, lejos de ciertas burbujas líricas que no caben en el verdadero ensayo político.

Estas charlas tienen la ventaja de que, con el transcurso del tiempo, ganan en importancia y certeza. Porque ellas contienen buena parte de nuestra historia política y, en dibujar este gobelino, han dedicado su mente y sus experiencias el Presbítero Jerónimo, hoy de sosegado corazón, y el joven Alfonso Donado quien, colorea los hilos de la trama y se señala como un escritor de auténtica vocación.

Clodoveo Barbosa Herrera

La Moral de un Pueblo.—Ediciones Paulinas.—Bogotá.

El doctor Clodoveo Barbosa Herrera denuncia en este opúsculo algunos de los flagelos que padece nuestra sociedad. En prosa directa, sin adornos literarios de ninguna naturaleza, denuncia con valor, un estado de cosas que debe cambiar radicalmente, si aspiramos a un mundo mejor y más digno. Una descristianización de nuestro pueblo que se acentúa con el proceso del industrialismo; la ignorancia que ya es un alarmante estado secular de las masas campesinas; el afán de lucro de muchas gentes y sistemas; la falta de un activo sentido de solidaridad, emergen de este opúsculo, valiente y decididamente importante para estimar la realidad colombiana.

Se requiere, sostiene el autor de *La Moral de un Pueblo*, que hagamos un examen de conciencia a fondo para buscar las soluciones más rápidas a interrogantes aflictivos y muchos de ellos vergonzosos. Una coordinación nacional y patriótica para altos fines, debe ser uno de los idearios nacionales. Pululan los niños desvalidos; la densa ignorancia de las ideas que se dice profesar; el Estado tiene deberes para con un pueblo que ha cambiado de rumbo, de sentimientos y proceder. Porque las fuentes originales, la vida colectiva como un sistema de valores éticos se derrumbó a partir del nueve de abril de 1948, sostiene Barbosa Herrera. Y reconstruir el mundo colombiano, interesar a la colectividad en una noble tarea comunitaria y humana, es la obligación imperiosa de la hora actual.

Este manual es valeroso y contiene verdades que todos conocemos pero que se convierten en temas de sobremesa o de sociólogos empecinados, sin encontrar la solución ajustada para tanta dolama.

Raúl Loyo Rojas

Tierra Llana.

El autor de estas prosas que giran en torno de temas literarios del Arauca y los Llanos de Apure, ha querido dejar constancia de su pasión por sitios, figuras y estampas que comienzan a ser legendarios. Loyo Rojas está en lo que pudiéramos decir un tiempo eruptivo de la prosa: frases con mucho brillo, efectos pictóricos bien logrados y esa necesidad casi biológica de encontrar un estilo, una arquitectura formal que responda a la sensibilidad y las cosas de entidad que se quieren expresar. No ha logrado aún cuajar en una realidad literaria transparente y rotunda. Pero va caminando sus caminos, como dice el llanero. Y como es hombre de inquietudes, de tenacidad sin desfallecimientos y ama la bella forma, es seguro que logrará pronto el instrumento verbal necesario para darnos

su voz y su testimonio de unas vastas regiones de Colombia y Venezuela que fueron testigos de la epopeya de Bolívar y Páez, de la crucifixión de las distancias, cuando el ímpetu de la independencia caminaba sobre el cuero de la historia y creaba hechos y alucinaciones.

Estas prosas nos dicen bien de una vocación que está en vía de lograrse. Tiene Loyo Rojas, hallazgos felices, aunque el afán de la frase, del brillo y rebrillo de los vocablos, le reste peripecia a lo que tiene que ser la aventura de escribir. Pero le auguramos un gran éxito en el manejo de la literatura, porque tiene voluntad, coraje, sentido de la inmensidad, como el llano voluntarioso y rebelde.